

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El viento en los sauces: Todos los caminantes (9/12)

Rata de Agua estaba inquieta, y no sabía exactamente por qué. A todas luces, el esplendor del verano seguía en su apogeo, y aunque en las tierras labradas el verde había dado paso al oro, aunque los serbales estaban enrojeciendo y los bosques se veían salpicados aquí y allá de una fiereza leonada, la luz, el calor y el color seguían presentes en la misma medida, limpios de cualquier fría premonición del año que pasaba. Pero el coro constante de los huertos y los setos se había reducido a un canto casual de vísperas de unos pocos intérpretes que aún no se habían cansado; el petirrojo empezaba a imponerse una vez más; y había en el aire una sensación de cambio y partida. El cuco, por supuesto, hacía tiempo que estaba en silencio; pero muchos otros amigos emplumados, durante meses parte del paisaje familiar y de su pequeña sociedad, también faltaban y parecía que las filas disminuían día a día. Rata, siempre observadora de todo movimiento alado, vio que éste tomaba cada día una tendencia hacia el sur; e incluso mientras yacía en la cama por la noche creyó distinguir, pasando en la oscuridad sobre su cabeza, el latido y el temblor de las impacientes alas, obedientes a la imperiosa llamada.

El Gran Hotel de la Naturaleza tiene su temporada, como los demás. A medida que los huéspedes, uno a uno, hacen las maletas, pagan y se marchan, y los asientos en la mesa de huéspedes se reducen lastimosamente en cada comida; a medida que se cierran las habitaciones, se retiran las alfombras y se despide a los camareros; los huéspedes que se quedan en pensión hasta la reapertura completa del año siguiente, no pueden evitar sentirse algo afectados por todas estas despedidas, esta ansiosa discusión de planes, rutas y nuevos alojamientos, esta reducción diaria en la corriente de camaradería. Uno se siente inquieto, deprimido e inclinado a la queja. ¿Por qué estas ansias de cambio? ¿Por qué no quedarse aquí tranquilamente, como nosotros, y estar alegres? No conocen este hotel fuera de temporada, y qué bien nos la pasamos entre nosotros, los que nos quedamos y vemos pasar todo el interesante año. "Todo muy cierto, sin duda", responden siempre los demás; "los envidiamos bastante, y algún otro año tal vez, pero ahora mismo tenemos compromisos", y ahí está el autobús en la puerta; "¡se nos acaba el tiempo!". Así que se marchan, con una sonrisa y una inclinación de cabeza, y nosotros los echamos de menos y nos sentimos resentidos. Rata era un tipo de animal autosuficiente, arraigado a la tierra, y, fuera quien fuera, él se quedaba; aun así, no podía evitar notar lo que había en el aire, y sentir algo de su influencia en sus huesos.

Era difícil dedicarse a algo en serio, con tanto parloteo. Dejando la orilla del agua, donde los juncos se erguían espesos y altos en un arroyo que se estaba volviendo

lento y bajo, vagó por el campo, cruzó uno o dos campos de pastos que ya parecían polvorientos y resecos, y se adentró en el gran mar de trigo amarillo, ondulado y murmurante, lleno de silenciosos movimientos y pequeños susurros. A menudo le gustaba pasear por allí, por el bosque de tallos tiesos y fuertes que llevaban su propio cielo dorado por encima de su cabeza, un cielo que siempre bailaba, brillaba, hablaba suavemente, o se mecía con fuerza al paso del viento y se recuperaba con una sacudida y una risa alegre. Aquí también tenía muchos pequeños amigos, una sociedad completa en sí misma, que llevaba una vida plena y ajetreada, pero que siempre tenía un momento libre para chismorrear e intercambiar noticias con un visitante. Hoy, sin embargo, aunque se mostraban civilizados, los ratones del campo y de la cosecha parecían preocupados. Muchos cavaban y cavaban túneles afanosamente; otros, reunidos en pequeños grupos, examinaban planos y dibujos de pequeños pisos, declarados deseables y compactos, y situados convenientemente cerca de los Almacenes. Algunos sacaban baúles y cestos polvorientos, otros ya estaban metidos hasta los codos en el embalaje de sus pertenencias, mientras por todas partes se amontonaban bultos y fardos de trigo, avena, cebada, madera de haya y nueces, listos para ser transportados.

—¡Aquí está el viejo Ratita! —gritaron en cuanto lo vieron —. Ven a echar una mano, Rata, ¡y no te quedes sin hacer nada!

—¿Qué clase de juegos están tramando? —dijo Rata de Agua severamente—. ¡Saben que aún no es tiempo de pensar en cuarteles de invierno, ni mucho menos!

—Oh, sí, lo sabemos —explicó un ratón de campo bastante avergonzado—, pero siempre es mejor llegar a tiempo, ¿no? Tenemos que sacar todos los muebles, el equipaje y las provisiones de aquí antes de que esas horribles máquinas empiecen a dar vueltas por los campos; y luego, ya sabes, los mejores pisos se recogen muy de prisa hoy en día, y si llegas tarde tienes que aguantarte con cualquier cosa; y, además, hay que arreglarlos mucho antes de que estén en condiciones de ser habitados. Por supuesto, llegamos pronto, lo sabemos; pero apenas estamos empezando.

—Oh, molestos comienzos —dijo Rata—. Es un día espléndido. Vengan a remar, o a pasear por los arbustos, o a hacer un picnic en el bosque, o algo.

—Bueno, creo que hoy no, gracias —respondió apresuradamente el ratón de campo—. Quizás otro día, cuando tengamos más tiempo...

Rata, con un resoplido de desprecio, giró para irse, tropezó con una sombrerera, y cayó, con comentarios indignos.

—Si la gente fuera más cuidadosa —dijo el ratón de campo con cierta rigidez—, y mirara por dónde va, no se haría daño ni se olvidaría de sí misma. ¡Cuidado con lo que haces, Rata! Será mejor que te sientes en algún sitio. Dentro de una hora o dos estaremos más libres para atenderte.

—No estarán “libres”, como tú lo llamas, mucho antes de Navidad, ya lo veo —replicó Rata malhumorada, mientras salía del campo.

Regresó algo abatido a su río, su viejo río, fiel y constante, que nunca hacía las maletas, ni revoloteaba, ni se iba a invernar.

Entre los mimbres que bordeaban la orilla vio una golondrina sentada. En seguida se le unió otra, y luego una tercera; y los pájaros, agitándose inquietos en su rama, hablaban entre sí con seriedad y en voz baja.

—¿Qué, ya? —dijo Rata, acercándose a ellos—. ¿Por qué tanta prisa? Me parece simplemente ridículo.

—Oh, no partiremos aun, si eso es lo que quieres decir —respondió la primera golondrina—. Sólo estamos haciendo planes y arreglando las cosas. Hablándolo, ya sabes; qué ruta tomaremos este año, dónde nos detendremos, etcétera. Esa es la mitad de la diversión.

—¿Divertido? —dijo Rata—. Eso es justo lo que no entiendo. Si tienen que dejar este agradable lugar, y a sus amigos, que los echarán de menos, y a sus acogedoras casas en las que acaban de instalarse, cuando llegue la hora no dudo que se irán con valentía, y enfrentarán todos los problemas e incomodidades, cambios y novedades, y harán creer que no son infelices. Pero querer hablar de ello, o incluso pensar en ello, hasta que realmente lo necesiten...

—No, no lo entiendes, naturalmente —dijo la segunda golondrina—. Primero lo sentimos agitarse dentro nuestro, una dulce inquietud; luego vuelven los recuerdos uno a uno, como palomas mensajeras. Revolotean en

nuestros sueños por la noche, vuelan con nosotros en nuestras vueltas y revoloteos durante el día. Tenemos hambre de preguntarnos unos a otros, de comparar notas y asegurarnos de que todo fue realmente cierto, a medida que uno a uno los olores, los sonidos y los nombres de lugares olvidados hace mucho tiempo, regresan gradualmente y nos hacen señas.

—¿No podrían parar sólo por este año? —sugirió Rata de Agua con nostalgia—. Haremos todo lo posible para que se sientan como en casa. No tiene idea de lo bien que la pasamos aquí, mientras ustedes están lejos.

—Un año intenté “parar” —dijo la tercera golondrina—. Me había encariñado tanto con el lugar que cuando llegó el momento me quedé atrás y dejé que las otras siguieran sin mí. Durante unas semanas todo fue bastante bien, pero después, ¡oh, la fatigosa duración de las noches! Los días temblorosos y sin sol. El aire tan húmedo y frío, ¡y ni un solo insecto en un solo kilómetro de tierra! No, no sirvió de nada; mi valor se vino abajo, y una noche fría y tormentosa levanté el vuelo, volando tierra adentro a causa de los fuertes vendavales del este. Nevaba con fuerza mientras atravesaba los pasos de las grandes montañas, y tuve que librar una dura batalla; pero nunca olvidaré la dichosa sensación del sol caliente de nuevo sobre mi espalda mientras descendía a toda velocidad hacia los lagos que yacían tan azules y plácidos bajo mis pies, ¡y el sabor de mi primer insecto gordo! El pasado era como un mal sueño; el futuro eran felices vacaciones mientras avanzaba hacia el sur, semana tras semana, con facilidad, perezosamente,

demorándome tanto como me atrevía, ¡pero siempre atendiendo a la llamada! No, ya había tenido mi advertencia; nunca más pensé en desobedecer.

—Ah, sí, la llamada del Sur, ¡del Sur! —gorjearon soñadoramente los otros dos—. ¡Sus canciones, sus matices, su aire radiante! Oh, recuerdas... —y olvidando a Rata, se deslizaron en apasionadas remembranzas, mientras él escuchaba fascinado, y su corazón ardía en su interior. También dentro de sí sabía que por fin vibraba aquella cuerda hasta entonces dormida e insospechada. El mero parloteo de estos pájaros del sur, sus informes pálidos y de segunda mano, tenían aún el poder de despertar esta nueva sensación salvaje y estremecerlo por completo con ella; ¿qué haría en él un momento de lo real, un toque apasionado del verdadero sol del sur, una bocanada del auténtico olor? Con los ojos cerrados se atrevió a soñar un momento en pleno abandono, y cuando volvió a mirar el río le pareció acerado y frío, los verdes campos, grises y sin luz. Entonces su corazón leal pareció gritar a su yo más débil por su traición.

—¿Por qué vuelven, entonces? —preguntó celosamente a las golondrinas—. ¿Qué es lo que los atrae de este pobre y monótono país?

—¿Y crees —dijo la primera golondrina—, que la otra llamada no es también para nosotros, a su debido tiempo? ¿La llamada de la exuberante hierba de los prados, de los huertos húmedos, de los estanques cálidos y acechados por los insectos, del ganado pastando, de la



henificación y de todas las construcciones agrícolas que se agrupan en torno a la Casa del Alero perfecto?

—¿Supones —preguntó la segunda—, que eres el único ser vivo que ansía con hambre volver a oír el canto del cuco?

—A su debido tiempo —dijo la tercera—, volveremos a sentir nostalgia de hogar por los tranquilos lirios de agua que se mecen en la superficie de un arroyo inglés. Pero hoy todo eso parece pálido, débil y muy lejano. Ahora nuestra sangre baila otra música.

Volvieron a parlotear entre ellos, y esta vez su embriagador parloteo hablaba de mares violáceos, arenas morenas y muros embrujados por lagartos. Inquieta, Rata se alejó una vez más, subió la pendiente que se elevaba suavemente desde la orilla norte del río, y se quedó mirando hacia el gran anillo de las Dunas que le impedían la visión más al sur: su simple horizonte hasta entonces, sus Montañas de la Luna, su límite detrás del cual no había nada que le importara ver o conocer. Hoy, cuando miraba hacia el sur con una necesidad recién nacida agitándose en su corazón, el cielo despejado sobre su larga y baja silueta parecía palpar con promesas; hoy, lo invisible lo era todo, lo desconocido era el único hecho real de la vida. A este lado de las colinas estaba ahora el verdadero espacio en blanco, al otro se extendía el panorama abarrotado y coloreado que su ojo interior estaba viendo con tanta claridad. ¡Qué mares se extendían más allá, verdes, saltarines y ondulados! ¡Qué costas bañadas por el sol, a lo largo de las cuales las villas blancas brillaban contra

los bosques de olivos! ¡Qué puertos tranquilos, atestados de barcos galantes con destino a las islas púrpuras del vino y las especias, islas que se hundían en aguas lánguidas!

Se levantó y descendió una vez más hacia el río; luego cambió de idea y buscó la orilla del polvoriento sendero. Allí, semienterrado en la espesa y fresca maraña de arbustos que lo bordeaba, pudo meditar sobre el camino de tierra y todo el maravilloso mundo al que conducía; sobre todos los caminantes que lo habían transitado y las fortunas y aventuras que habían ido a buscar o encontrado sin buscar allí, más allá... ¡más allá!

Unos pasos le llegaron al oído, y la figura de alguien que caminaba cansinamente se hizo visible; y vio que era una Rata, y una muy polvorienta. Cuando lo alcanzó, el caminante lo saludó con un gesto de cortesía que tenía algo de extraño, vaciló un momento y luego, con una sonrisa agradable, se apartó del camino y se sentó a su lado en la fresca hierba. Parecía cansado, y Rata lo dejó descansar sin cuestionarlo, entendiendo algo de lo que estaba pensando; sabiendo, también, el valor que todos los animales le dan a veces a la simple compañía silenciosa, cuando los músculos cansados se aflojan y la mente marca el tiempo.

El caminante era delgado y de rasgos afilados, y algo encorvado de hombros; tenía las patas delgadas y largas, los ojos muy arrugados en las comisuras, y llevaba pequeños aros de oro en las bien formadas orejas, pulcramente colocados. Su camiseta de punto era de un azul descolorido, sus calzones, remendados y manchados,

tenían una base azul, y las pocas pertenencias que llevaba estaban atadas en un pañuelo de algodón azul. Cuando hubo descansado un rato, el forastero suspiró, aspiró el aire y miró a su alrededor.

—Eso era trébol, ese aroma cálido en la brisa —comentó—; y esas son vacas, que oímos segando la hierba detrás de nosotros y soplando suavemente entre bocado y bocado. Se oye el sonido de segadores lejanos, y allá se eleva una línea azul de humo de cabaña contra el bosque. El río corre por algún lugar cercano, porque oigo la llamada de una gallineta, y veo por tu complexión que eres un marinero de agua dulce. Todo parece dormido y, sin embargo, continúa todo el tiempo. Es una buena vida la que llevas, amigo; sin duda la mejor del mundo, ¡si tan sólo fuera lo bastante fuerte para llevarla!

—Si, es la vida, la única vida que hay que vivir —respondió Rata de agua soñadoramente, y sin su habitual convicción sincera.

—No he dicho exactamente eso —respondió el forastero con cautela—; pero sin duda es la mejor. Y porque acabo de probarlo, durante seis meses, y sé que es lo mejor, aquí estoy yo, dolorido y hambriento, alejándome de ella, alejándome hacia el sur, siguiendo la vieja llamada de vuelta a la vieja vida, la vida que es mía y que no me dejará marchar.

“¿Es éste, entonces, otro de ellos”, reflexionó Rata.

—Y ¿de dónde vienes? —preguntó. Apenas se atrevió a preguntar hacia dónde se dirigía; parecía conocer la respuesta demasiado bien.

—Bonita pequeña granja —respondió brevemente el caminante—. Arriba, en esa dirección —señaló hacia el norte—. No importa. Tenía todo lo que podía desear, todo lo que tenía derecho a esperar de la vida, y más; ¡y aquí estoy! Pero me alegro de estar aquí, ¡me alegro de estar aquí! Tantos kilómetros más en el camino, tantas horas más cerca del deseo de mi corazón.

Sus ojos brillantes se mantenían fijos en el horizonte, y parecía estar escuchando algún sonido que faltara en aquella tierra interior, tan ruidosa como la alegre música de los pastizales y los corrales.

—Tú no eres uno de nosotros —dijo Rata de Agua—, ni tampoco un granjero; ni siquiera, a mi juicio, de este país.

—Cierto —respondió el forastero—. Soy una rata marinera, y el puerto del que vengo es Constantinopla, aunque allí también soy una especie de extranjero, por así decirlo. ¿Habrás oído hablar de Constantinopla, amigo? Una ciudad hermosa, antigua y gloriosa. Y también habrás oído hablar de Sigurd, rey de Noruega, y de cómo navegó hasta allí con sesenta naves, y de cómo él y sus hombres cabalgaron por calles todas cubiertas en su honor con púrpura y oro; y de cómo el emperador y la emperatriz bajaron y comieron un banquete con él a bordo de su nave. Cuando Sigurd regresó a casa, muchos de sus Hombres del Norte se quedaron y entraron a formar parte de la guardia del emperador, y mi antepasado, noruego de nacimiento, también se quedó con los barcos que Sigurd regaló al emperador. Marineros hemos sido siempre, y no es de

extrañar; en cuanto a mí, la ciudad donde nací no es más mi hogar que cualquier puerto agradable entre allí y el río Londres. Los conozco a todos, y ellos me conocen a mí. Pónganme en cualquiera de sus muelles y estaré de nuevo en casa.

—Supongo que haces grandes viajes —dijo Rata de Agua con creciente interés—. Meses y meses sin ver tierra, con escasez de víveres y agua, y tu mente en comunión con el poderoso océano, y todo ese tipo de cosas.

—De ninguna manera —dijo Rata Marinera con franqueza—. Una vida como la que describes no se adaptaría a mí en absoluto. Me dedico al cabotaje y rara vez me pierdo de vista. Lo que más me atrae son los momentos alegres en tierra, tanto como la navegación. ¡Oh, esos puertos del sur! Su olor, las luces de noche, el glamour.

—Bueno, tal vez hayas elegido el mejor camino —dijo Rata de Agua, algo dubitativa—. Cuéntame algo de tu navegación, entonces, si te apetece, y qué clase de cosecha podría esperar traer a casa un animal de espíritu inquieto para calentar sus últimos recuerdos galantes junto a la chimenea; porque mi vida, te confieso, me parece hoy algo estrecha y limitada.

—Mi último viaje —comenzó Rata Navegante—, que me desembarcó finalmente en este país, atado con grandes esperanzas para mi granja interior, servirá como un buen ejemplo de cualquiera de ellos, y, de hecho, como un epítome de mi muy colorida vida. Los problemas familiares, como de costumbre, la iniciaron. Se levantó la tormenta doméstica y me embarqué en un pequeño buque mercante desde Constantinopla, por mares

clásicos en los que cada ola palpita con un recuerdo inmortal, hacia las Islas Griegas y el Levante. Eran días dorados y noches templadas. Entrando y saliendo del puerto todo el tiempo, viejos amigos por todas partes, durmiendo en algún templo fresco o cisterna en ruinas durante el calor del día, festejando y cantando después de la puesta del sol, bajo grandes estrellas en un cielo aterciopelado. De allí nos volvimos y remontamos el Adriático, cuyas costas nadaban en una atmósfera de ámbar, rosa y aguamarina; descansamos en amplios puertos sin salida al mar, vagamos por ciudades antiguas y nobles, hasta que por fin una mañana, cuando el sol se alzaba majestuoso a nuestras espaldas, cabalgamos hacia Venecia por un sendero de oro. Oh, Venecia es una hermosa ciudad, donde una rata puede vagar a sus anchas y disfrutar. O, cuando se cansa de vagar, puede sentarse en el borde del Gran Canal por la noche, festejando con sus amigos, cuando el aire está lleno de música y el cielo lleno de estrellas, y las luces parpadean y brillan en las proas de acero pulido de las góndolas que se balancean, abarrotadas de tal manera que se podría caminar por el canal de un lado a otro. Y la comida: ¿le gusta el marisco? Bueno, bueno, no nos detendremos en eso ahora.



Guardó silencio durante un rato; y Rata de Agua, también silenciosa y embelesada, flotó sobre canales de ensueño y oyó una canción fantasma que repicaba en lo alto entre vaporosas paredes de olas grises.

—Por fin volvimos a navegar hacia el sur —continuó la Rata Navegante—, bordeando la costa italiana, hasta que por fin llegamos a Palermo, y allí me retiré para pasar una larga y feliz temporada en tierra. Nunca me quedo demasiado tiempo en un solo barco; uno se vuelve de mente estrecha y llena de prejuicios. Además, Sicilia es uno de mis lugares de caza favoritos. Allí conozco a todo el mundo y sus costumbres se adaptan a mí. Pasé muchas semanas alegres en la isla, quedándome con amigos en el campo. Cuando volví a inquietarme, aproveché un barco que viajaba a Cerdeña y Córcega; y me alegré mucho de volver a sentir la brisa fresca y el rocío del mar en la cara.

—Pero, ¿no hace mucho calor y está muy cargado ahí abajo en la... bodega, creo que le dicen —preguntó Rata de Agua.

El marinero lo miró, y con un ligero guiño respondió:

—Yo soy un veterano —comentó con mucha sencillez—. El camarote del capitán es suficiente para mí.

—Es una vida dura, por lo que dicen —murmuró Rata, sumido en profundos pensamientos.

—Para la tripulación lo es —respondió el marinero con gravedad, de nuevo con el fantasma de un guiño.

—Desde Córcega —continuó—, utilicé un barco que llevaba vino a tierra firme. Llegamos a Alassio al anocheecer,

atracamos, izamos nuestros barriles de vino y los echamos por la borda, atados uno a otro por un largo cabo. Entonces la tripulación subió a los botes y remó hacia la costa, cantando mientras avanzaban y arrastrando tras ellos la larga procesión de barriles, como una legua de marsopas. En la arena esperaban los caballos, que arrastraban los barriles por la empinada calle del pueblecito con gran rapidez y alboroto. Cuando llegó el último barril, fuimos a refrescarnos y a descansar, y nos sentamos hasta bien entrada la noche a beber con nuestros amigos. Ya había terminado con las islas por el momento, y los puertos y la navegación eran abundantes; así que llevé una vida perezosa entre los campesinos, tumbado y observándolos trabajar, o estirado en lo alto de la ladera con el azul Mediterráneo muy por debajo de mí. Y así, por etapas fáciles, y en parte a pie y en parte por mar, hasta Marsella, y el encuentro de viejos compañeros, y la visita de grandes navíos oceánicos, y la fiesta una vez más. ¡Hablando de mariscos! A veces sueño con los mariscos de Marsella y me despierto llorando.

—Eso me recuerda —dijo la educada Rata de Agua—, que mencionaste por causalidad que tenías hambre, y debería haber hablado antes. Por supuesto, ¿te detendrás y tomarás tu comida del mediodía conmigo? Mi agujero está cerca; ya ha pasado el mediodía, y eres bienvenido a lo que sea que haya.

—Eso sí me parece amable y fraternal de tu parte —dijo la Rata Navegante—. En verdad tenía hambre cuando me senté, y desde que sin querer mencioné el marisco, mis



retorcijones han sido extremos. ¿Pero no podrías traerlo aquí? No soy muy aficionado a meterme bajo las trampillas, a menos que me vea obligado a ello; y entonces, mientras comemos, podría contarte más cosas sobre mis viajes y la agradable vida que llevo; al menos, es muy agradable para mí, y por tu atención juzgo que te agrada; mientras que si nos metemos dentro es cien a uno que me quedaré dormido enseguida.

—Es una sugerencia excelente —dijo Rata de Agua, y se apresuró a volver a casa. Allí sacó la fiambreira, y preparó una comida sencilla, en la que, recordando el origen y las preferencias del forastero, tuvo cuidado de incluir una yarda de largo de pan francés, una salchicha en la que cantaba el ajo, un poco de queso que se echaba y lloraba, y un frasco de cuello largo cubierto de paja en el que yacía embotellada la luz del sol derramada y cosechada en las lejanas laderas del Sur. Así cargado, regresó a toda velocidad, y se sonrojó de placer ante los elogios del marinero a su gusto y juicio, mientras juntos desembalaban la cesta y depositaban el contenido sobre el césped junto al camino.

La Rata de Mar, en cuanto calmó un poco su hambre, continuó la historia de su último viaje, conduciendo a su sencillo oyente de puerto en puerto de España, desembarcándolo en Lisboa, Oporto y Burdeos, introduciéndolo en los agradables puertos de Cornualles y Devon, y así remontando el Canal hasta aquel muelle final, donde, desembarcando tras largos vientos contrarios, azotado por las tormentas y la intemperie, había captado los primeros indicios mágicos y presagios

de otra primavera y, animado por ellos, había emprendido una larga caminata hacia el interior, hambriento de experimentar la vida en alguna tranquila granja, muy lejos de los cansados latidos del mar. Hechizada y temblorosa de excitación, Rata de Agua siguió al Aventurero legua tras legua, por bahías tormentosas, a través de radas atestadas de gente, de las barras del puerto en una marea acelerada, remontando ríos serpenteantes que ocultaban sus bulliciosos pueblecitos a la vuelta de una curva repentina; y lo dejó con un suspiro pesaroso plantado en su aburrida granja del interior, de la que no deseaba oír nada.

Para entonces la comida se había terminado, y el marinero, refrescado y fortalecido, con la voz más vibrante y los ojos iluminados con un brillo que parecía captado de algún lejano faro marino, llenó su vaso con la roja y brillante cosecha del Sur e, inclinándose hacia Rata de Agua, le obligó a mirarlo y lo sostuvo, en cuerpo y alma, mientras hablaba. Aquellos ojos eran del cambiante gris verdoso salpicado de espuma de los saltos de los mares del Norte; en el vaso brillaba un rubí ardiente que parecía el corazón mismo del Sur, latiendo para aquel que tuviera el valor de responder a su pulsación. Las luces gemelas, la gris cambiante y la roja firme, dominaron a Rata de Agua y la mantuvieron atada, fascinada, impotente. El tranquilo mundo que había fuera de sus rayos se alejó y dejó de existir. Y la charla, la maravillosa charla, continuaba... ¿o era sólo charla, o se convertía a veces en canción? El canto de

los marineros al levar el ancla, el zumbido sonoro de los toldos en un desgarrador temporal del norte, la balada del pescador recogiendo sus redes al atardecer contra un cielo de damasco, los acordes de la guitarra y la mandolina desde la góndola o el cayac ¿Se transformó en el grito del viento, quejumbroso al principio, furiosamente estridente al refrescar, elevándose en un silbido desgarrador, hundiéndose en un goteo musical de aire de la sobrebolina de la vela? Todos estos sonidos le parecía oír al oyente hechizado, y con ellos la queja hambrienta de las gaviotas y los maullidos del mar, el suave trueno de la ola que rompía, el grito de la piedra que protestaba. Volvió de nuevo al habla, y con el corazón palpitante seguía las aventuras de una docena de puertos marítimos, las luchas, las huidas, las concentraciones, las camaraderías, las valientes hazañas; o buscaba tesoros en las islas, pescaba en lagunas tranquilas y dormitaba todo el día sobre la cálida arena blanca. Oía hablar de la pesca en alta mar y de las poderosas reuniones plateadas de la red kilométrica; de peligros repentinos, del ruido de las rompientes en una noche sin luna, o de las altas proas de los grandes transatlánticos perfilándose en lo alto a través de la niebla; de la alegre vuelta a casa, del cabo doblado, de las luces del puerto encendidas; de los grupos vistos tenuemente en el muelle, del granizo alegre, del chapoteo de la amarra; de la caminata por la callejuela empinada hacia el resplandor reconfortante de las ventanas con cortinas rojas.

Por último, en su sueño despierto le pareció que el Aventurero se había puesto de pie, pero seguía hablando, lo seguía sujetando con sus ojos grises como el mar.

—Y ahora —decía en voz baja—, emprendo de nuevo el camino, siguiendo hacia el sudoeste durante un largo y polvoriento día, hasta que por fin llego a la pequeña y gris ciudad costera que conozco tan bien, que se aferra a un lado escarpado del puerto. Allí, a través de oscuros portales, se ven tramos de escaleras de piedra, dominados por grandes mechones rosados de valeriana y que terminan en un trozo de agua azul centelleante. Los barquitos que yacen amarrados a los anillos y puntales del viejo dique están alegremente pintados como aquellos en los que yo subía y bajaba en mi niñez; los salmones saltan en la marea alta, los bancos de caballas relampaguean y juegan junto a los muelles y las riberas, y junto a las ventanas los grandes barcos se deslizan, noche y día, hasta sus amarras o hacia mar abierto. Allí, tarde o temprano, llegan los barcos de todas las naciones marineras; y allí, a su hora destinada, el barco de mi elección soltará el ancla. Me tomaré mi tiempo, me demoraré y esperaré, hasta que por fin me espere el barco adecuado, navegando en medio de la corriente, cargado y con el timón apuntando hacia el puerto. Una mañana me despertaré con el canto y el traqueteo de los marineros, el tintineo del montacargas y el traqueteo de la cadena del ancla que se acerca alegremente. Desplegaremos la vela y el trinquete, las casas blancas del puerto se deslizarán lentamente a nuestro lado

mientras el barco toma el rumbo, ¡y el viaje habrá comenzado! Mientras avanza hacia el frente, se cubrirá de lona; y entonces, una vez fuera, ¡el sonoro golpeteo de los grandes mares verdes mientras se inclina hacia el viento, apuntando al Sur!

—Y tú, tú también vendrás, joven hermano; porque los días pasan, y nunca vuelven, y el Sur aún te espera. Atrévete a la aventura, atiende la llamada, antes de que pase el momento irrevocable. No es más que un golpe de la puerta detrás de ti, un hermoso paso adelante, y estarás fuera de la vieja vida y dentro de la nueva.

Entonces, algún día, dentro de mucho tiempo, corre a casa si quieres, cuando la copa se haya vaciado y la obra haya terminado, y siéntate junto a tu tranquilo río con un montón de buenos recuerdos como compañía. Podrás alcanzarme fácilmente en el camino, pues tú eres joven y yo envejezco y avanzo lentamente. Me detendré y miraré hacia atrás, y al fin te veré llegar, ansioso y alegre, con todo el Sur en tu rostro.

La voz se apagó y cesó como la diminuta trompeta de un insecto se apaga rápidamente en el silencio; y Rata de Agua, paralizada y mirando fijamente, vio al fin sólo una mancha distante en la superficie blanca del camino. Mecánicamente se levantó y procedió a volver a empaquetar la cesta del almuerzo, con cuidado y sin prisas. Mecánicamente regresó a casa, reunió algunos pequeños artículos de primera necesidad y tesoros especiales a los que tenía cariño, y los guardó en una bolsa; actuó con lenta deliberación, moviéndose por la habitación como un sonámbulo; escuchando siempre con

los labios entreabiertos. Se echó la mochila al hombro, eligió cuidadosamente un bastón robusto para el camino, y sin prisa, pero sin titubear en absoluto, cruzó el umbral justo cuando Topo aparecía en la puerta.

—¿A dónde vas, Ratita? —preguntó Topo con gran sorpresa, agarrándolo por el brazo.

—Voy al Sur, con el resto de ellos —murmuró Rata en un monótono sueño, sin mirarlo—. ¡Primero hacia el mar y luego a bordo, y así hacia las costas que me llaman! Avanzó resueltamente, aún sin prisa, pero con tenaz determinación; pero Topo, ahora completamente alarmado, se colocó frente a él, y mirándolo a los ojos vio que estaban vidriosos y fijos y se habían vuelto de un gris veteado y cambiante: ¡no los ojos de su amigo, sino los ojos de algún otro animal! Agarrándolo con fuerza, lo arrastró al interior, lo tiró al suelo y lo retuvo.

Rata luchó desesperadamente durante unos momentos, y entonces su fuerza pareció repentinamente abandonarlo, y se quedó inmóvil y exhausto, con los ojos cerrados, temblando. En seguida, Topo lo ayudó a levantarse y lo colocó en una silla, donde se sentó desplomado y encogido sobre sí mismo, su cuerpo sacudido por un violento temblor, pasando con el tiempo a un ataque histérico de sollozos secos. Topo cerró la puerta, metió la mochila en un cajón y lo cerró con llave, y se sentó tranquilamente en la mesa junto a su amigo, esperando a que pasara el extraño ataque. Poco a poco Rata se sumió en un sueño agitado, interrumpido por sobresaltos y murmullos confusos de cosas extrañas, salvajes y

forasteras para el poco ilustrado Topo; y de ahí pasó a un sueño profundo.

Muy preocupado, Topo lo dejó por un tiempo y se ocupó de los asuntos de la casa; y estaba oscureciendo cuando regresó al salón y encontró a Rata donde la había dejado, bien despierta, pero apática, silenciosa y abatida. Echó una mirada apresurada a los ojos; los encontró, para su gran satisfacción, limpios, oscuros y marrones de nuevo como antes; entonces se sentó y trató de animarlo y ayudarlo a contar lo que le había sucedido.

La pobre Ratita hizo todo lo que pudo, poco a poco, para explicar las cosas; pero ¿cómo podía poner en frías palabras lo que había sido sobre todo sugestión? ¿Cómo recordar, en beneficio de otro, las inquietantes voces marinas que le habían cantado, cómo reproducir de segunda mano la magia de las cien memorias del Marino? Incluso a él mismo, ahora que el hechizo se había roto y el encanto había desaparecido, le resultaba difícil explicar lo que hacía unas horas le había parecido inevitable y único. No es de extrañar, pues, que no lograra transmitir al Topo una idea clara de lo que había vivido aquel día.

Para Topo esto estaba claro: el ataque había pasado y lo había dejado sano de nuevo, aunque sacudido y abatido por la reacción. Pero por el momento parecía haber perdido todo interés en las cosas que componían su vida cotidiana, así como en todos los pronósticos agradables de los días y las acciones alterados que el cambio de estación seguramente traería consigo.

Casualmente, entonces, y con aparente indiferencia, Topo pasó a hablar de la cosecha que se estaba recogiendo, de los imponentes carros y esforzadas carretas, de los crecientes campos y de la gran luna que se alzaba sobre las desnudas hectáreas salpicadas de espigas. Habló de las manzanas que enrojecían, de las nueces que se doraban, de mermeladas y conservas y de la destilación de licores; hasta que por etapas fáciles como éstas llegó a la mitad del invierno, a sus alegrías sinceras y a su acogedora vida hogareña, y entonces se volvió simplemente lírico.

Poco a poco, Rata empezó a incorporarse y a participar. Sus ojos apagados se iluminaron y perdió parte de su aire de escucha.

De pronto, Topo, con mucho tacto, se escabulló y regresó con un lápiz y unas cuantas hojas de papel, que colocó sobre la mesa, junto al codo de su amigo.

—Hace mucho tiempo que no haces poesía —comentó—. Podrías intentarlo esta noche, en lugar de darle tantas vueltas a las cosas. Tengo la idea de que te sentirás mucho mejor cuando hayas anotado algo, aunque sólo sean rimas.

Rata apartó el papel de él con cansancio, pero el discreto Topo aprovechó la ocasión para salir de la habitación, y cuando volvió a asomarse un rato después, Rata estaba absorta y sorda al mundo; alternativamente garabateaba y chupaba la punta de su lápiz. Es verdad que chupaba mucho más de lo que garabateaba; pero era una alegría para Topo saber que la cura al menos había comenzado.



